

LA LUCHA



Director: MARCELINO DOMINGO

Miércoles 12 Diciembre 1917

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Barcelona una peseta al mes

| | 3 meses | 6 meses | Un año |
|------------------------|---------|---------|--------|
| Provincias | 4'50 | 9 | 16 |
| Unión Postal | 9'00 | 18 | 35 |

-- Boletines y anuncios según tarifa --

Contestando por tabla a Cambó

Política nacional atudescada

El Mercantil Valenciano del 9 de Diciembre

Cambó, a su regreso de Andalucía, ha expresado a un colega las impresiones optimistas de su viaje. Hablando de la próxima lucha electoral ha dicho:

«Esta será intensa, intensísima, como ya les tengo dicho. Confío en que saquemos muchos diputados, y sería lamentable que mal aconsejados los elementos conservadores pretendiesen dar a la lucha electoral una orientación de derechas e izquierdas. No debe ser esta la modalidad de la lucha, sin preocuparse de izquierdas ni de derechas, con la vista fija en el ideal común. Pretender dividir a los electores en derechas e izquierdas sería una insensatez. Y esto equivaldría a desear una guerra civil.»

En el momento que en los países en guerra y en los neutrales la lucha entre derechas e izquierdas, la guerra civil espiritual, se decide por las izquierdas; cuando en Francia, en Inglaterra y en Italia están al frente del Gobierno hombres de izquierda; cuando en Suecia la opinión obliga al rey a dar el poder a la fiscalización de liberales y socialistas; cuando en España comienzan a entrar en la conciencia de las gentes, que saben ver la realidad aunque no sean partidarias de la llamada política de realidades, la convicción de que sólo concediendo una amplia amnistía y llamando al Poder a los hombres de izquierda, puede evitarse la catástrofe que derumbe al régimen y quién sabe si aun la existencia de la nación; es cuando Cambó se aparta horrorizado de la guerra civil entre derechas e izquierdas que puede fortalecer a España y estima una insensatez dividir a la opinión en derechas e izquierdas. Y lo proclama cuando sin la colaboración resuelta y revolucionaria de las izquierdas ni se habría celebrado la Asamblea de parlamentarios, ni habría sido derribado Dato del Poder, ni estaría en el Gobierno Ventosa y Rodés.

Para Cambó, la política de realidades estriba en aparentar que no existe la lucha entre derechas e izquierdas, que es la que ha proporcionado a los pueblos en guerra fortaleza para la resistencia; que no existe la guerra y que por lo tanto no debemos definir nuestra actitud frente a los dos grupos de beligerantes; que debemos callar cuando los submarinos alemanes hunden nuestra marina mercante y asesinan a nuestros marineros; que los ricos no deben pagar impuestos extraordinarios y que los obreros y la clase media deben confiar en que los regionalistas resuelvan el problema de las subsistencias.

¿Pero a qué seguir? Sin conocer las declaraciones de Cambó, Unamuno — a quien no llamamos maestro para que no se le confunda con el maestro (?) Buel — le contesta por tabla en el siguiente artículo:

«Andan por ahí unos sujetos, germanófilos en su mayoría, exhortándonos a que nos dejemos de eso de derechas e izquierdas y hagamos todos unidos política nacional. Quieren hacernos creer que lo de nacionalismo es más claro que el izquierdismo o derechismo. Y ni es más claro ni es más nacional.»

Confesamos no comprender bien qué es lo que quieren decir con eso de política nacional. Y no es fácil que lo comprendamos, porque aunque ellos sí que lo comprenden, sí que saben lo que quieren decir con eso, es una cosa tal que no se atreven a decirnosla bien a las claras. Porque esa su tan cacareada política nacional, es nacional, sí, pero no española; es, pues, antinacional, antiespañola.

Exhortamos esos sujetos a la concordia; pero a una concordia lograda me-

dianante el abandono de lo que estimamos la esencia de una patria digna de serlo, de una nación a que pueda uno pertenecer más que por la fuerza de la necesidad.

Así como no consideramos verdaderamente católico o luterano o calvinista o mahometano al que dice y cree que lo es por haber recibido pasivamente, uno de esos credos y haberlo conservado, si quiera formalmente, por pereza o acaso por total inercia mental, sino al que luego examinó y pesó y vivió espiritualmente su credo heredado, y acabó por hacerlo adquirido y propio, así tampoco consideramos verdaderamente español al que por haber nacido y haberse criado en España, de padres españoles, no tiene otro remedio que serlo y no ha reflexionado nunca en su españolidad para luego adoptarla libremente. Libremente, aunque influido, claro está, por su educación. Pues es natural que quien se educó en español, prefiera serlo.

Dicen que decía Cánovas del Castillo, que no es español sino el que no puede ser otra cosa, y esta frase amarga y triste entraña todo un estado de conciencia colectiva, que no era raro en los albores de la llamada Restauración. Y hay aquella otra frase amarga y triste: «Si no fuese español querría ser...» (aquí el adjetivo de otra nacionalidad). A cuyo respecto se cuenta del inglés que dice: «Si yo no fuese inglés querría ser inglés». O aun otro dicho, y es aquel de que todo hombre culto tiene dos patrias; la suya propia y... otra que se designa.

Pero un hombre civil, un verdadero hombre civil, un hombre verdaderamente civil, no puede querer ser de otra patria que de aquella que puede hacerse. No tanto de la que le ha hecho cuanto de la que él se puede hacer. Bien es verdad, que la que pueda hacerse es casi siempre — no siempre del todo — sobre la base de la que le ha hecho, deshaciéndola en parte para rehacerla.

No se escoge ni madre ni patria, suele decirse. Y ello es falso. Se puede escoger madre; hay muchos que la han escogido — pues madre no es la que nos parecida más que por habernos parido, — y se puede escoger patria. Y nadie ha demostrado ni que los hijos de afecto, los que adoptaron padres, sean peores hijos ni que sean peores ciudadanos los nacionalizados. Y aun decimos que un nacional nativo no es buen ciudadano hasta que no se nacionaliza.

Máximo de Azeglio sabía decir en visperas de perfeccionarse la unidad italiana — pues que murió en 1866 — que Italia estaba hecha pero había que hacer los italianos, y Silvio Spaventa en 1881, recordándolo, decía a su vez que Italia estaba rehecha, y lo que había que rehacer era los italianos. Y aquí en España hay que rehacer los españoles, deshaciéndolos antes en parte. Deshaciéndolos como españoles. Para reespañolizarnos tenemos que desespañolizarnos en no pocos aspectos. Y a esto contribuye la lucha de izquierdas y derechas.

Hay una germanofilia no troglodítica que es en el fondo mucho peor que esta última. Es más sutil y más artera. Es la que abomina, de palabra, de eso de

derechas e izquierdas, pero es para abogarnos la libertad democrática, la democracia liberal, bajo el peso de una quisquosa que se engaña con los nombres de organización o competencia o eficacia o técnica. Esos germanófilos no trogloditas profesan la vaga y confusa doctrina de que deben gobernar, no los más ni los más fuertes, sino los más capaces. Y los más capaces, son, naturalmente, ellos mismos. Como la competencia no puede ser determinada por sufragio, tiene que serlo... objetivamente. Y el secreto de la objetividad de la competencia lo tienen ellos, los que se jactan técnicos, los germanófilos no trogloditas. O sea los pedantes.

Porque ese neo-nacionalismo de origen germanófilo no troglodítico no es más que una doctrina de suprema pedantería.

¿En qué consiste la política nacional de esos pedantes que pretenden elevarse por encima del polvo de la pelea que arman los de la izquierda y los de la derecha? Ni ellos lo saben.

Hay pedante de esos, archipedante, que parece querer dar a entender que esto de las izquierdas, es una importación inglesa o francesa; que el democratismo español — mejor que la democracia española — no es sino una traducción del inglés o del francés. Hay pedante de esos, archipedante, que parece creer que si no anduvo oro aliado en la de la huelga general de agosto último, fué el influjo de doctrinas de origen aliado lo que provocó la huelga. Hay pedante de esos, archipedante, que cree que debemos acallar nuestras discordias intestinas de orden político y esperar a que acabe la guerra, y entonces con el triunfo, si no de Alemania, del germanismo, del ideal político tudesco — triunfo que tienen por descomulgado, — se nos imponga la organización a la tudésca, y ellos, los pedantes, sean los que a título de técnicos y de competentes nos gobiernen entonces.

A estos pedantes germanófilos no troglodíticos se les conoce, entre otras cosas, en la simpatía con que ven la obra de la tudésca de las Juntas de Defensa de la oficialidad del ejército, de este remedio de la Joven Turquía, que nos quiere imponer el dogma de la infalibilidad de los tribunales militares. Esperan sin duda que los competentes oficiales — es decir, oficial y no más que oficialmente competentes — en milicia nos impongan luego como gobernantes los más competentes a los pedantes esos atudescados. Esperan acaso que nuestros jóvenes turcos declaren un día que para poder regir la Hacienda, verbigracia, sea preciso haber estudiado economía y hacienda en Alemania o en textos alemanes; que para poder regir la Instrucción Pública hay que haber leído a Herbart en alemán, y así lo demás.

Pero nosotros, latinos — lo somos de lengua, que es lo que piensa — incorregibles, seguimos y seguiremos agitando esa fecunda y noble retórica — nobilísima retórica creadora de valores espirituales — de izquierdas y derechas, seguimos y seguiremos repitiendo que no esperamos libertad alegre ni alegría libre; que no esperamos esplendor de historia de las doctrinas y las prácticas de los pedantes del tecnicismo.

MIGUEL DE UNAMUNO

Voz de alarma

En «España», uno de los mejores periódicos españoles, ha publicado el prestigioso Luis Araquistain un artículo que es un patriótico grito de alarma contra la tenebrosa conjuración que en nuestra patria vienen tramando los tudescos para lanzarnos en un momento dado contra los aliados y convertirnos en colonia alemana.

Se ha conspirado e intrigado para colocarnos fuera de la comunidad jurídica, para aislarnos comercialmente y para lanzarnos a un rompimiento con los aliados, haciendo creer al pueblo español, por medio de una formidable campaña de Prensa, que de nuestra situación económica son culpables Francia e Inglaterra.

Esta es la tesis del hermoso artículo de Araquistain, en el que se señala un peligro nada ilusorio gracias al poder que poco a poco ha ido adquiriendo el Estado alemán, que insensiblemente se ha formado dentro del Estado español.

Conocíamos el peligro pero no lo hemos temido ni lo tememos. No lo tememos porque en España, pese al oro del Rhin y al influjo oficial, somos mayoría, una mayoría abrumadora los aliadófilos. Somos los más en Barcelona, en Valencia, en Málaga, en Zaragoza, en Asturias, en la misma Galicia, en el propio Madrid, en todas partes. Y siendo los más, ¿cómo habíamos de consentir que se nos llevara a una ruptura con los aliados?

Aunque la España oficial llegara a semejante rompimiento, como llegó un día a acatar a Napoleón, nosotros, las izquierdas, todas las izquierdas, la mayoría del pueblo español, la voluntad nacional, nos opondríamos a semejante locura.

¿Y quién triunfaría? No cabe dudar que nosotros. Porque una cosa es la trágica inocentada de creer que las murallas de Jericó pueden ser derribadas con sólo cruzarse de brazos o pasarse ante ellas el Arca Santa de los principios democráticos, y otra muy distinta salir a la calle con todos los medios necesarios para luchar y vencer, y teniendo cubierta la retaguardia. ¿Es que habían de faltarnos aquellos medios?

¿La guerra civil — se dirá — Sí; la guerra civil. ¿A qué asustarse? Peor que la guerra civil es mil veces la esclavitud tudésca, la muerte civil.

¿Está bastante claro?

Faltaría que escaparan a las persecuciones y ejecuciones de los primeros momentos media docena de hombres de buena voluntad para hacer fracasar los siniestros planes de que habla el distinguido escritor.

¿Es que había de faltarnos el auxilio de los más interesados en hacernos fuertes?

No basta un tributo de admiración hacia el diputado por Tortosa; es menester algo más: la promesa de que más fieles en el cumplimiento del deber que nunca nos preparamos para el mañana, dispuestos a mostrar todos los sacrificios y penalidades que el amor al ideal nos imponga.

(Alfredo Peña, en la fiesta de la Democracia).

LOS DEL DUESO

Procedimientos